

DOCTOR JOSE M. MANZANILLA

El Académico Dr. Francisco Vetancourt Aristeguieta ha tenido la atención de enviarnos para la edición del Boletín el artículo que se inserta a continuación acerca de las relevantes prendas y méritos del peruano eminente Dr. J. M. Manzanilla, de renombre universal, quien fué destacado Rector de la Ilustre Universidad Mayor de San Marcos de Lima.

Suscribe dicho artículo, que es una valiosa colaboración para este Boletín, el señor Doctor José Jacinto Rada, actual Embajador del Perú en la República Argentina.

El Dr. Manzanilla que ocupó altísimos puestos públicos en su Patria, honró a esta Academia como Miembro Correspondiente de ella en la bien querida hermana República.

MANZANILLA ALGUNOS RASGOS DEL MAESTRO

“Trabajar y esperar”.

J. M. M.

Todavía está muy cercana a nosotros la vibrante personalidad de Manzanilla para que podamos enfocarla entre las figuras históricas irremisiblemente desaparecidas.

Cuando la crítica serena haga el recuento de su actuación fecunda en la enseñanza, en la política, en el gobierno y en la cultura nacional, podremos apreciar la magnitud de su gravitación y el peso invaluable de su autoridad como maestro y como hombre de Estado.

En este país en que hay mucho por hacer —decía a menudo— no son siempre las buenas obras desinteresadas las que merecen el estímulo de las gentes, hay que dialogar con ellas para lograr su convencimiento y la aprobación de lo hecho.

Manzanilla llena un capítulo de cincuenta años de la vida del Perú. Configurar su figura moral y política supondría revisar nuestra historia de medio siglo. ¿En qué obra pública, en qué labor nacional incisiva y valedera no aparece la personificación del eminente maestro de San Marcos?

Manzanilla es el ejemplo vivo del hombre hecho en el trabajo y en el estudio para servir los altos intereses de la patria, estimulado siempre por el don supremo de hacer el bien que derramó a manos llenas a sus discípulos, a sus amigos, a los desvalidos.

Perteneció a esa brillante generación del 80, insustituída aún, de Manuel Vicente Villarán, Alberto Ulloa, José Antonio Miró Quesada, José Pardo, Víctor Maúrtua, Mariano H. Cornejo y otros prominentes peruanos.

Como fué en la cátedra un maestro eximio, fué en el parlamento y en las tribunas de las academias, un poeta de la oratoria. Las armas poderosas de su vida pública fueron el don de gentes, la improvisación y la polémica, que esgrimía de continuo como un juego de su alta inteligencia.

Conversador inimitable, su charla, rica, desconcertante e ingeniosa convirtió su estudio de la calle de la Rifa y su hogar de la calle de Cañete en cenáculo de platónicas reuniones y en foco de inspiración de cosas amables y de goces inefables del espíritu.

La política —nos decía— es un sacrificio público y demanda del hombre que la ejerce abnegación y, sobre todo, desinterés, porque el político es una especie de sacerdote que interpreta los intereses del país, lo que le obliga al renunciamiento de todas las tentaciones materialistas; es el abogado

sin paga de la ciudadanía que entrega su fé pública como garantía de su honestidad.

Y así fué la vida de Manzanilla en la vía pública, en el bufete y fuera del bufete. Su estudio profesional, tan notoriamente conocido en el Perú, fué recatado y pudoroso. Sus discípulos y practicantes sabían de antemano que en él no habrían de encontrar más ventajas que tener a la vista la luminosidad del talento del maestro y el aprendizaje rico y jugoso de sus consejos y orientaciones.

Nos expresaba, con frecuencia, que su línea favorita era trabajar y esperar. Como no confiaba en las improvisaciones, ni en los golpes de suerte, en las intrigas ni en los padrinzagos, exigía de sus discípulos constancia y superación asidua en la obra emprendida. La vida— repetía a diario— es muy bella y fecunda; vivir con emoción y sin premura es alcanzar goces insospechables. He ahí el secreto de su sonrisa permanente y vivaz, confiada y optimista. Ni tornadizo ni grave, poseía la sabiduría de ocultar sus propios desengaños, pero tenía siempre ágil y sutil la palabra para aliviar la desdicha o la contrariedad ajenas. Sin apego al dinero, dadivoso y desprendido, presencié una vez la respuesta que le diera a un postulante de sus servicios profesionales: *Nó, mi querido amigo, nó estimo más su amistad que su riqueza que me abruma, yo soy abogado de pobres y nó de ricos. Y fueron, en efecto, los pobres, los desheredados, los accidentados en el trabajo, los que formaban, como en romería, la clientela numerosa del autor de la legislación social peruana, que llegó a imponerla por su intligencia, por su constancia y por la fuerza luminosa de sus ideas en una sociedad discontinua y renuente, entonces, a las reformas de la justicia social.*

Poseía una exquisita y personal "bonhomie", un original "fair play" que lo condujo a dar cordialidad y simpatía y a ver en las opiniones adversas un estímulo para mejorar y depurar sus propias ideas. Así le vemos en un encendido debate parlamentario en que intempestivamente es interrumpido por un diputado de la oposición por lo que el Presiden-

te de la Cámara interviene para llamar al orden al interpe-
lante, Manzanilla detiene un instante su oración y continua
diciendo: Nó, señor Presidente, nó, las interrupciones son
colaboraciones que dignifican e iluminan un debate.

Imperturbable ante la desesperanza y sereno ante la
adversidad no utilizaba el reproche ni enderezaba la saeta
emponzoñada contra nadie. Hay que pesar a los hombres
—decía— sólo por sus buenos actos y no por sus errores,
debilidades o equivocaciones. Tenía el arte de seducir y de
complacer. La magnificencia de su ingenio le permitía, ya
en la cátedra, ya en el parlamento, ya en los círculos uni-
versitarios y políticos, concentrar la atención de los oyen-
tes. Fué en el Perú todo lo que puede ser un eminente ciu-
dadano sin mendigar situaciones, sin claudicar de sus con-
vicciones liberales.

Magnánimo y comprensivo, recurría siempre para sal-
var situaciones inesperadas a sus propios discípulos y ami-
gos. Se contaba en los claustros de San Marcos que Man-
zanilla, ya Decano de la Facultad de Ciencias Políticas y
Económicas, presidía una de las mesas de exámenes finales
cuando se presentó a rendir su prueba anual sobre Econo-
mía Política un joven poeta limeño que el gobierno había
designado como Secretario de Embajada en Buenos Aires.
Bien, mi distinguido amigo, le dijo Manzanilla, sé que de-
ja usted el claustro universitario por la diplomacia. Enhora-
buena, le deseo éxitos brillantes como en las letras, pero de-
jemos en estos momentos la Economía Política, y digamos
qué entiende usted por diplomacia? El bizoño funcionario
trastabilló, quiso decir algo, pero no dijo nada, y los mi-
nutos transcurrían como horas de suplicio, cuando Manza-
nilla, con ese humorismo sutil que tanto se le celebraba,
acudió en auxilio del flamante representante peruano, dicién-
dole, confiado y sonriente, sí mi querido amigo, sí, la di-
plomacia es eso, querer decir lo que se sabe y no poderlo
decir.

Para Manzanilla, la democracia no fué un argumento
retórico ni un acomodo convencional para convivir con las

ideas que él proclamaba desde la cátedra o desde el parlamento. Demócrata sincero y leal con sus convicciones creía en el gobierno de las mayorías y en el régimen parlamentario como su mejor expresión. Indomable adversario de las dictaduras personales o de partidos esclavizado, verticales o serviles, proclamaba la libertad y la justicia, como los mejores pilares de la armonía social.

De su vocación democrática dió buena prueba el maestro en la respuesta que le diera a Mussolini en ocasión de una charla que ambos mantuvieran en el Palacio de Venecia a propósito del socialismo. El dictador italiano, con su natural prepotencia, quiso convencer al ilustre profesor de San Marcos acerca de las excelencias del facismo. "Soy un viejo socialista —dijo el Duce y por convencimiento impongo el socialismo de Estado por la fuerza", a lo que Manzanilla habríale replicado: "soy tan socialista como Vuestra Excelencia, pero en América intentamos imponerlo por la fuerza de las ideas y por el amor a la libertad en que aspiramos a vivir". Esta anécdota fué relatada por el propio Mussolini en una recepción que días después ofreciera a un grupo de diplomáticos latino-americanos, en la que, desde luego, estuvo presente el Ministro del Perú.

Manzanilla estudiaba de continuo para enriquecer su espíritu y para repartir sus enseñanzas en la gran aula ciudadana que es la vida. Si pudieran repetir las calles de Lima los ecos de las innumerables lecciones repartidas al viento, en cada esquina, en cada diálogo, en cada plática con amigos y adversarios, tendríamos un anecdotario ingenioso y fecundo para la historia nacional.

La amistad constituía para el maestro uno de los bienes preciosos de la existencia. La cultivaba con la más extremada delicadeza y su proverbial afabilidad le supo conquistar en todas las capas de la sociedad vínculos perdurables de afecto y de consideración.

Allá por el año 20, Manzanilla viajó a Europa para conocer el viejo continente y sobre todo para apreciar de

cerca las cosas de Francia, de cuya cultura había nutrido y animado sus ideas liberales. El estudio de la Rifa era entonces el tránsito acogedor de amigos, discípulos, miembros del foro y de numerosos políticos desplazados por el régimen del Presidente Leguía. En realidad, los contertulios se agolpaban en víspera de la ausencia del tribuno, unos para investigar el motivo del viaje, otros para disuadirlo a partir en momentos en que se creía que él polarizaba el pensamiento de la oposición al régimen instaurado el año 19.

Uno de los presentes, destacado abogado limeño, insistía en la inconveniencia de aquel viaje y su porfía, ya dentro de la impertinencia, lo llevó a interrogar a Manzanilla acerca de las razones privadas que tenía para efectuar esa partida tan inesperada para sus migos. Mi querido colega —díjole el maestro— voy a París para aprender a calibrar a los hombres por su educación y por su prudencia.

La política y la enseñanza fueron, con deleite, el campo de su experimentación. En la primera exhibe su vocación hacia el liberalismo económico social de que hizo gala en todos los actos de su vida, en sus numerosos discursos legislativos y en la infinidad de leyes obreras que hiciera promulgar, muy en especial, en la de accidentes del trabajo que dejó consagrada en aquella inolvidable tarde parlamentaria en la que pronunciara, con una de sus más hermosas oraciones, su célebre frase “Bella tarde la de hoy, señores. Está ganada la batalla por el derecho”.

En la segunda, la Universidad fué el laboratorio fecundo de sus lecciones científicas y morales que derramó en la cátedra y fuera de la cátedra. La ciudadanía lo señaló como un maestro pleno de humanismo que predicó con sus actitudes personales que no conocieran claudicaciones ni dobleces.

Así como en la Antigua Roma la presencia de sus grandes tribunos y conductores concitaba el respeto y la admiración de sus conciudadanos, así Manzanilla provocaba en las calles de Lima el homenaje y la simpatía de las gentes de todos los sectores sociales.

Enraizado, desde sus años mozos, por convicción de principios, en el partido civil, convivió, sin embargo, en franca cordialidad con los demás partidos políticos del Perú, como lo demuestran sus escritos, declaraciones y sus discursos parlamentarios, en los que se anota que jamás subestimó al adversario; antes bien, las ideas contrarias le sirvieron como un acicate de sus propias rectificaciones, porque para Manzanilla la ley, la cultura y la libertad en sus formas jurídicas era el basamento inmovible de la sociedad.

Enemigo de las tiranías de grupo, de clases o de cuartel rechazó airadamente las imposiciones o los atropellos del poder. Su vida cívica fué una permanente abnegación en defensa de la Constitución, de los postulados sociales y de los derechos del hombre.

Hermosa existencia la de este eminente ciudadano que deja tras sí, para las generaciones venideras, el ejemplo luminoso de una vida intachable.

Fué un político intuitivo que tuvo la visión certera de la realidad peruana. Mentalidad alerta y abierta, como un ventanal, a todas las corrientes del pensamiento, mantuvo su credo democrático y su concepto cristiano de los valores del espíritu. Tuvo un parecido moral con Piérola en la jerarquía de la conducta y en el amor a los humildes y en la lucha por mejorar la suerte de los obreros, de los desvalidos, de los desheredados de la fortuna.

La política fué objetivo pertinaz de su vida y trabajó por dar al Perú las formas armónicas y jurídicas de una organización legal y democrática que le permitiera convalecer de la convivencia criolla de las asonadas, los golpes de Estado, de las dictaduras personales.

Conocedor profundo de la historia nacional y de las posibilidades económicas del país, quiso, por su acción pública, remover hacia el futuro el prestigio enrarecido de nuestra gravitación en el continente. La diplomacia peruana —anotaba a menudo— debe retornar a su sitio director en los

asuntos americanos, pero para ello es menester arreglar la paz interior que haga posible el desarrollo de nuestras riquezas inmovilizadas, lo que por sí solo nos devolverá la preeminencia que hemos perdido.

Celoso defensor de la soberanía nacional y vigía permanente de nuestros conflictos internacionales, se advierte en Manzanilla una preocupación constante acerca de los derechos peruanos en las cuestiones de fronteras en litigio. Alguna vez oí decir que mientras subsista el desacuerdo interior en que vivimos que nos convalezca de lo pasado, la hora de nuestra reintegración no estará cercana. En parte, los juicios del maestro se han cumplido.

Ya en el ocaso de su vida, pleno de serenidad y de filosofía, dialogaba en una intimidad arrobadora acerca de la realidad del mundo de hoy, envilecido por la transgresión de la moral, por el ovido de la ley, por el imperio del crimen y por la inconsecuencia y frivolidad de los hombres.

Volver a las formas helénicas y latinas de la enseñanza, decía —purificar a la juventud por el estudio retrospectivo de lo clásico, alejarla de la malsana prédica de los cesarismos y mostrarles el pasado de los grandes hombres forjados en el trabajo, en la sobriedad y en la constancia ejemplarizadora del bien eran, a juicio del maestro, los secretos fundamentos de la enseñanza y educación venideras que abrían a los jóvenes peruanos el camino de las grandes realizaciones nacionales.

José Jacinco Rada.